

## Conciencia trágica de la poesía

Álvaro Marín

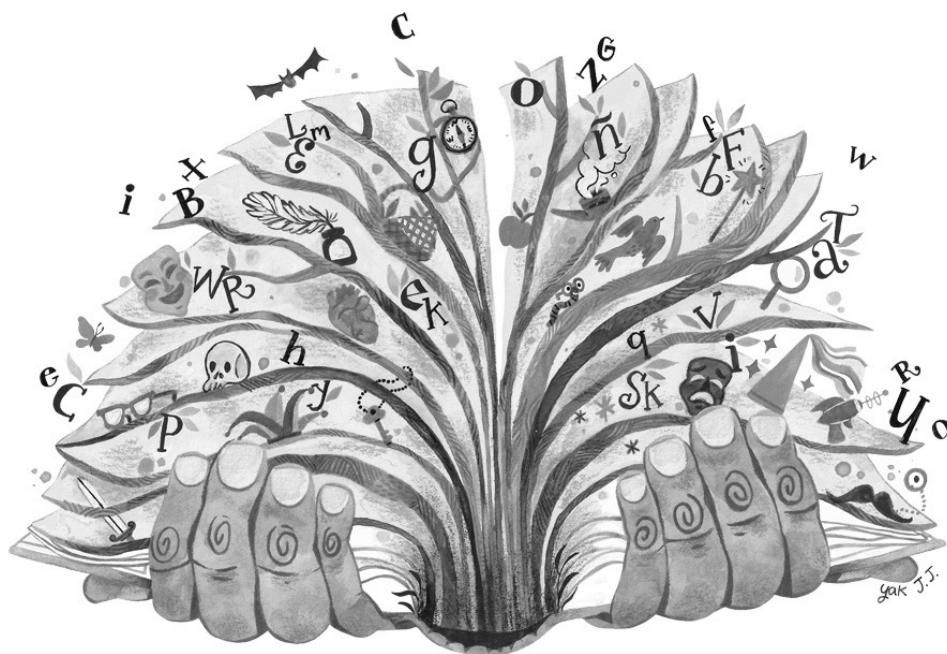
Poeta y escritor colombiano

Cuando el mundo y la vida se enrarecen la poesía vuelve a ser el árbol al que se le hacen las preguntas. Y si le preguntamos por lo que viene, nos responderá que lo que viene hay que descifrarlo de lo que nace y de lo no nacido. ¿Y qué es lo que nace?, ¿y qué es lo no nacido? Esas antiguas preguntas han permanecido en latencia, y reaparecen en momentos difíciles. Indagar “sobre el espíritu de la poesía en la construcción de una nueva vida en el mundo” es plantearse una pregunta oracular, que ante mis limitaciones para las profecías la remito necesariamente al árbol de la poesía. Desde la antigüedad no se hacían preguntas al oráculo, y como apenas soy un poeta, un médium, le pregunto al árbol. Y el árbol me responde con la misma pregunta: ¿Lo que nace, lo no nacido? Y vuelve al silencio.

La poesía es para la vida. Que los teólogos y los apocalípticos se ocupen de la muerte y del fin del mundo, para la poesía no hay tiempo, ya tiene suficiente con ser la vencedora de la

muerte. La poesía es “compañera” para la vida, es decir, para la conflictiva realidad. La realidad es el asunto mayor de la poesía, pero la realidad con mayúscula, que no es la indagación por el huevo original. Es esa realidad que nos enseñó la naturaleza y que está al mismo tiempo detrás de la naturaleza: la voz del árbol. Y si alguien responde que un árbol no habla hay que mandar a quien lo dice al otorrino, o a escuchar poesía, aunque realmente el problema no es de oído sino de visión. El árbol habla desde siempre, basta con buscar en las experiencias y escrituras más antiguas, o en las todavía vivas culturas originarias que nos dicen que el árbol siempre ha dicho lo suyo, y así ha sido en nuestro Amazonas, en Grecia o en Mesopotamia en donde el árbol ha sido el lugar de las preguntas y las respuestas.

Las culturas arbóreas, selváticas, originarias, están en la raíz de la poesía, pero el árbol se conecta desde otros sentidos que son más cercanos a los sentidos propios de la



percepción poética. En las culturas de origen el árbol es centro en la conexión de la tierra, el cielo y el inframundo, con la realidad toda. El árbol está en esa otra dimensión de la vida que es la Realidad, lo nuestro todavía es un pequeño sueño y muchas veces una pesadilla y un purgatorio. El desencuentro, la desconexión con el todo viene de un primer desprendimiento, una fractura, un distanciamiento de la primera conciencia que es la conciencia profunda, y por haber pretendido el hombre raptar la fuerza y el conocimiento del árbol para convertirlo en templo y en ciudad.

En las culturas antiguas el árbol es la columna que sostiene el mundo. Pero eso pasaba cuando existían los árboles, ahora después de la tala del árbol de nuestra conciencia hay un acostumbamiento que denota la supresión y la tala de la conciencia profunda, y el olvido. Olvidamos nuestro encuentro con el mundo interior y nos quedamos en otra fijeza, viendo la apariencia. Una vez perdida la conciencia arbórea empezamos a recrear, ya no por instinto y por intuición, sino por inercia y pragmatismo la imagen sustituta del árbol: la casa, la ciudad, y con ellas un árbol sustituto como centro ritual: el templo. Así llegaron las idolatrías, las religiones y todas las creencias que más que las presencias, son sustituciones.

Desde entonces la especie no ha logrado reconectarse, ha inventado centenares de religiones y ritos sustitutos para buscar el paraíso perdido, pero las religiones resultan insuficientes, como resulta insuficiente también la razón. Hay sin embargo un árbol puente que no se ha derrumbado todavía y ese puente es la poesía, la poesía lleva en sí misma la conciencia

arbórea perdida, la conexión con la totalidad, el puente con la primera voz y la experiencia viva de la primera conciencia. Por eso la poesía no está pendiente del más allá, porque percibe que todo está vivo aquí y ahora, la poesía no se deja confundir con la religión, aunque su religare provenga de la misma necesidad de componer y sanar la fractura, el religioso trata de recomponer su desconexión con dios, el poeta hace algo parecido, pero su religare es con el ser, y con la totalidad.

La poesía no se ocupa del devenir porque es el devenir mismo, es y no es, nace y no ha nacido, el poeta es solo el guardián del ser, -ya lo dijo Heidegger, es el lenguaje-, el poeta cuida el lenguaje, su significación. Y el lenguaje, es el ser cuidado por el poeta, no es la imagen del más allá ni de la muerte sino el aquí y el ahora, es decir, la dimensión arbórea recuperada y cuidada por el poeta; el poeta se encarga del cuidado de ese bosque invisible, un bosque que solo él puede ver porque no ha perdido sus dimensiones originales, su conciencia primera, su “conexión”, el poeta es el que vive realmente el religare.

Por ser devenir, la poesía tiene una dimensión transhistórica, y por lo mismo es también histórica. La atemporalidad de la voz del árbol es apenas aparente, lo que algunos llaman “interior” o “exterior”, no son otra cosa que la dimensión arbórea y la apariencia juntas. O como se nombra desde la filosofía: multiplicidad y unidad, pero la poesía no es filosofía ni es conceptual, la poesía es, y es el ser que habla, el árbol hablante, desde una dimensión que trasciende en el todo. ¿Y qué es el devenir sino la vida misma, el movimiento, la transformación? La vida es aquello que es y nunca es, lo



que siempre está transformándose en la invención de sí misma.

Una pregunta sobre el sentido de la poesía en este tiempo que es el mismo tiempo venidero, -para la poesía no hay otro- se instala en esa fisura. Y en nuestro tiempo tecnológico la pregunta da otra de sus vueltas en espiral ¿Hay sustituto tecnológico para el árbol? El templo como sustituto del árbol casi desde sus inicios demostró su imposibilidad, a pesar de su desmesura arquitectónica no logró conectar las dimensiones que logra conectar el árbol, pero tampoco la ciudad lo logró, contrariamente dejó al hombre más solo, más vulnerable, y con el fracaso de la ciudad ahora viene otra nueva sustitución que es la sustitución tecnológica, y lo que se ve venir es una nueva fractura y una división de la sociedad de una manera todavía más radical y más dramática que las sociedades de castas y de clases en donde los conflictos vuelven a su dimensión titánica con dos especies humanas distintas: una técnica y otra en una nueva transición y caída. Tal vez la pregunta velada que llega desde Prometeo y el Festival de Poesía de Medellín sobre “el espíritu de la poesía en la construcción de una nueva vida en el mundo” tenga entreverada en sus signos esa intuición y desmesura de origen, la pregunta trágica por el sentido. La tragedia no es el hecho luctuoso como se cree, o que el poeta se enloquezca, o se suicide, o lo mate la esfinge. Eso es lamentable pero no es trágico. La tragedia es la conciencia misma de la poesía, su pregunta insoluble por el sentido, y es allí en donde permanece la tensión del arte.

El poeta no evade, el poeta asume tareas titánicas, prometeicas. Pero digámoslo en términos amazónicos, tal vez sea la voz de Suecú, la madre de Yuruparí, el parido por la fruta, la voz que nos llama, y sea la tarea de la poesía afrontar la nueva fractura tecnológica y la defensa de la selva, del sentido arbóreo. Si la tecnología fue en la era industrial una realidad externa, objetiva, en la era tecnológica empieza a ser más que una

realidad, una nueva condición interna, orgánica, una estructura material y subjetiva del hombre máquina, y de eso se trata la fractura tecnológica que es de dimensiones supra humanas, para no decir fantásticas o teogónicas. La tecnología incursiona al interior humano, y si antes era una extensión del cuerpo, ahora será la naturaleza ligada al objeto, es decir la naturaleza doblemente sometida.

¿Y qué hacer, qué hace la poesía ante el regreso de la teogonía en donde el hombre es un juguete de los dioses, volver al árbol y su conexión perdida? Puede pensarse todavía esta pregunta: ¿Cuando desaparezca el último árbol de la tierra, aún estará en pie el árbol de la poesía?, el caso es que hoy los dioses son tecnológicos y son tan indolentes y brutales como los primeros titanes.

